



G. ARINTERO

EL DILUVIO

UNIVERSAL.

BS658

G6

C. 1

007768



1080020628

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

EL DILUVIO UNIVERSAL.

MODERNA  
LIBRERIA RELIGIOSA  
JOSE L. VALLEJO S. e C.  
SAN JOSE L REAL Núm. 3.  
APARTADO PO. CAL Núm. 444.  
M. E. C. O.

2.2.2.11  
6.

# EL DILUVIO UNIVERSAL

DE LA BIBLIA Y DE LA TRADICIÓN

DEMOSTRADO POR

## LA GEOLOGÍA

Y LA PREHISTORIA

POR EL

R. P. FR. JUAN T. GONZÁLEZ-ARINTERO

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Licenciado en Ciencias, Profesor de  
Historia Natural en el Real  
Seminario de Vergara.



UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
Biblioteca Valverde y Torre  
Biblioteca Universitaria

VERGARA.

Imprenta de EL SANTÍSIMO ROSARIO.  
1891.

44508

BS 658

66

Tenuisti concutiens extrema terrae, et excusisti impios ex ea.  
Restituetur ut lutum signaculum, et stabit sicut vestimentum:  
auferetur ab impiis lux sua, et brachium excelsum confringetur. (*Job, XXXVIII, 13, 14, 15.*)



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## INTRODUCCIÓN.



L Diluvio universal es una de las venerandas creencias católicas que más han excitado el odio de los impíos.

Una inundación misteriosa, destinada á borrar la iniquidad de la tierra, un castigo tan atroz, un exterminio espantoso y sin ejemplo es una lección demasiado triste é importuna para que puedan oirla con sosiego los hijos de la perdición. A ningún criminal le gusta oír hablar de castigos, y los que mejor le cuadran son los que más le acongojan. Le inquieta y espanta el solo recuerdo de la pena merecida y quisiera sepultarla para siempre en las sombras del olvido para disfrutar entre tanto de fingida tranquilidad.

007768

Pero el gusano remordedor no perece; mientras más se le molesta más se agita y con mayor furia empieza á roer las entrañas. ¡Cuán ciego y loco es aquel que pretendé volverse sordo á los continuos y rigurosos clamores de la conciencia!

Écha nueva leña en el fuego al intentar apagarlo, y al ver tan defraudados sus perniciosos deseos, se enfurece y rabia y acaba por obstinarse en dar coces contra el aguijón.

El recuerdo del Diluvio hace estremecer á los impíos, que ven yaalzada contra ellos aquella mano omnipotente que tan pesada se ha mostrado desde un principio. Y lejos de volver en sí y procurar desarmarla, no hace sino acrecentar el torrente impetuoso de las iras del Creador. Tapan los oídos y los ojos y se esfuerzan en creer que han evadido el peligro; pero el peligro siempre les está presente. Entonces, desesperados, se obstinan en apagar con clamores los clamores inextinguibles de la conciencia, y lo mismo que enorgümenos, vociferan y hasta se rien...; pero con risa llena de desesperación, ó á manera de perros rabiosos muerden con furor la piedra que les han lanzado.

Verdaderamente causa maravilla su extremada ceguedad. No hay arma que no pretendan emplear contra la verdad del Diluvio. Lo niegan con descaro, lo cuentan entre las fábulas, y con la ironía satánica, y con la sátira acerba, y con la risa... loca, acostumbran

á burlarse del castigo que les amenaza. Y aún se revisten de las armas de la ciencia, de la historia y hasta de la misma tradición para combatir la tradición más universal y más fiel y la verdad científica é histórica mejor comprobada.

Las propias armas que empuñan se vuelven contra ellos mismos, y con todo no las dejan ni quieren abrir los ojos. Confían en la destreza; están prácticos en la lid, y claman á grandes voces que será suya la victoria. Sus clamores llegan al cielo y han logrado causar pavor en muchos corazones tímidos que no gustan de la lucha. Pero la lucha es necesaria, porque escrito está: *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra* (1).

Quien no combate por Dios, será vencido, y lo que es más doloroso, lo será con las mismas armas que le pertenecían de derecho. No debemos, pues, abandonar ninguna, porque todas ellas son nuestras.

Si las manejamos bien, la victoria es de todo segura. Pero si abandonamos una sola de ellas, la dejamos en poder de nuestros fieros adversarios, que se esforzarán en hacerla servir, con violencia, en su causa injusta y odiosa. Sabrán aprovechar la ocasión, y encubriendo la verdad con mil artificios, lograrán engañar á muchos, haciendo creer que la tal arma les pertenece á ellos solos.

(1) Job, VII, 1.

Probarán que es de muy buen temple, harán ver que no hay otra igual y exclamarán frenéticos: ¡Victoria!

¡Ay de nosotros el día en que no acerte-  
mos á empuñar una espada, que nuestros  
enemigos manejan con tanta destreza como  
injusticia!

Con las armas de la tradición y aun de la  
historia los hemos vencido y venceremos mil  
veces en la cuestión del Diluvio, porque son  
muchos y muy diestros los católicos que las  
usan. Por eso nuestros adversarios las temen  
y se declaran, al verlas, en fuga precipi-  
tada.

Quiéren combatir en otro terreno con fusiles  
de mucho alcance que tienen por suyos  
propios y exclusivos, jactándose locamente  
de haberlos inventado ellos. Son por cierto  
muy temibles, y... ¡doloroso es decirlo! mu-  
chos de los nuestros huyen al verlos, nunca  
osan manejarlos y se estremecen ante sus ti-  
ros. Otros, más valerosos, ya los manejan  
con mayor ó menor destreza; pero, yo no sé  
por qué, los miran siempre con desconfianza;  
pelean con temor, se baten, mas... ¿por qué no  
confesarlo? se baten ya en retirada.

Nuestros contrarios blasonan y no cesan  
de clamar: «Somos invencibles. ¿Quién resis-  
te á nuestras armas?» Y sus pavorosas voces  
llenen de tristeza y dolor el ánimo de los buenos.  
¡Qué ilusiones y qué engaño! ¿Por qué  
tememos? La verdad está con nosotros y la

verdad siempre triunfa; las armas de la in-  
teligencia sólo hieren al error, y el error ha-  
bita entre los hijos de las tinieblas.

¡Al combate! que la razón nos asiste y la  
razón vencerá. ¡Huya de nuestros pechos to-  
da sombra de temor! ¡Congratulémonos siem-  
pre con una segura y pronta victoria! Y para  
mayor confusión del enemigo, peleemos con  
las armas de que tanto se enorgullece, que con  
ellas triunfaremos, y él verá con ignominia  
que no le pertenecían, que se había apropia-  
do lo ajeno y que halló su ruina en el motivo  
de su orgullo.

De las ciencias naturales nos hemos de ser-  
vir de una manera muy especial; con ellas  
nos batiremos en la ofensiva más aún que en  
la defensiva, y á pesar de nuestras escasas  
fuerzas, no tememos. Vencidos... no podemos  
serlo; vencedores sí, y lo esperamos. Toda  
ciencia es una emanación sincera de la clari-  
dad de Dios Omnipotente (1), y esa claridad  
sólo puede brillar entre los hijos de la luz,  
bajo cuyas banderas nos gloriamos de mili-  
tar. Las armas que engañosamente se apro-  
pian nuestros adversarios no les pertenecen  
de derecho, y esas armas sólo aseguran el  
triumfo puestas en manos de su legítimo po-  
seedor. A ellos de nada les sirven sino de mo-  
tivos de vanagloria y engaño; á nosotros nos  
servirán para lograr un triunfo completo. La

(1) *Sapientie*, VII, 25.

justicia de nuestra sagrada causa, la verdad que nos asiste y la luz celestial que ilumina á toda alma creyente, producen en nosotros una confianza sin límites que en nada pueden aminorar, ni la íntima convicción de nuestra propia debilidad ni la falta de experiencia. Sólo en el Señor confiamos, y estamos seguros, segurísimos, de no ver defraudadas nuestras grandes esperanzas.

Empero, á fin de que el triunfo sea más completo, batiremos al enemigo, primeramente en el campo que menos le agrada, en el campo que ya reconoce conquistado por los nuestros, y en seguida le iremos á perseguir en el mismo que tiene por suyo, en aquél donde ha establecido sus tiendas y sus fuertes, donde se considera inexpugnable y vencedor.

Vamos, pues, á probar la realidad del Diluvio universal, primero por la tradición y por la historia, y después la volveremos á demostrar de una manera más clara todavía por las mismas ciencias naturales, ciencias sagradas, que son la palabra de Dios escrita por su mismo dedo en las tablas de la naturaleza, y ciencias que los impíos intentaron profanar, apropiárselas sacrílegamente y usar de ellas para fines abominables.

Una vez bien comprobada la realidad del Diluvio, investigaremos sus causas y sus principales efectos; lo cual conocido, podremos determinar la medida de su universalidad.

Gran parte del terreno está ya muy trillado; pero otra mayor todavía está aún sin explorar por los nuestros. Muchas teorías se han ideado y ninguna nos satisface enteramente. No tenemos ningún sistema preconcebido; no queremos tampoco preconcebirlo; los mismos hechos y la realidad lo establecerán mejor.

Los infalibles hechos consignados en la Biblia por la mano de los Profetas y los escritos en el gran libro de la Naturaleza por la misma mano de Dios son los que han de decidir; el sistema que establezcan será el sistema verdadero. Quererlo establecer *á priori*, escribir bajo la presión del espíritu de partido, es taparse voluntariamente los ojos, temiendo que les hiera los purísimos rayos de la luz.

